



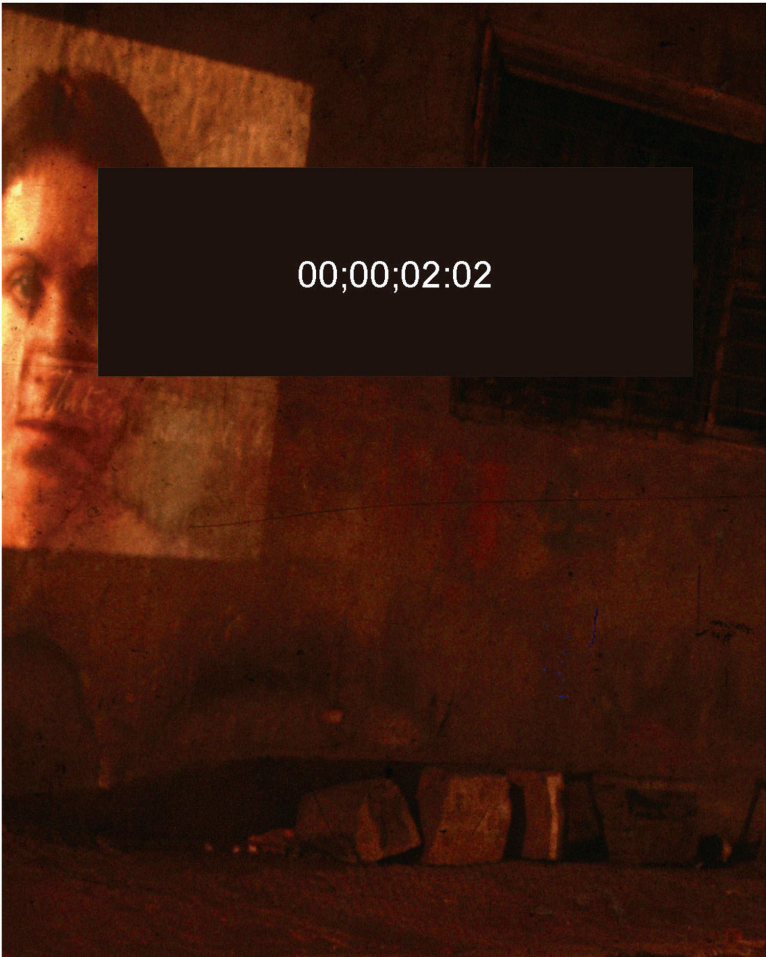
Seix Barral

# Diamela Eltit

---

## Lumpérica

---





Seix Barral Biblioteca Breve

---

# **Diamela Eltit**

## Lumpérica

---

1.1 Lo que resta de este anochecer será un festín para L. Iluminada, esa que se devuelve sobre su propio rostro, incesantemente recamada, aunque ya no relumbre como antaño cuando era contemplada con luz natural. Por eso la luz eléctrica la maquilla fraccionando sus ángulos, esos bordes en que se topa hasta los cables que le llevan la luz, languideciéndola hasta la acabada de todo el cuerpo: pero el rostro a pedazos. Cualquiera puede constatar sus labios entreabiertos y sus piernas extendidas sobre el pasto —cruzándose o abriéndose— rítmicas en el contraluz.

En que el anochecer sustenta la plaza en su ornamento, para que ella adopte en sí las poses tráfugas que la derivan hasta el cansancio, encendida por el aviso que cae en luz sobre el centro de la plaza, entre los árboles y los bancos, para llegar hasta el cemento donde permanece de espaldas.

Porque el frío en esta plaza es el tiempo que se ha marcado para suponerse un nombre propio, donado por el letrero que se encenderá y se apagará, rítmico y ritual, en el proceso que en definitiva les dará la vida: su identificación ciudadana.

Llegan los desharrapados de Santiago, pálidos y malolientes a buscar su área: el nombre y el apodo que como ficha les autorizará un recorrido, pero normado por el gasto previo de la carne hasta que calcen por luz con el luminoso.

Así serán nombrados genéricamente pálidos como escalafón provisorio. Esos que vienen desde los puntos más distantes hacia la plaza que prendida por redes eléctricas garantiza una ficción en la ciudad.

Así están ellos y sus incontables poses: los cables son su punto de mira en la paralela del placer de la mirada. Espera ansiosa el luminoso y por eso se remueve entera cuando se siente tocada, con el pecho agitado y los ojos húmedos. El luminoso no se detiene. Sigue tirando la

---

suma de nombres que los va a confirmar como existencia; ese haz de luz largado sobre el centro del cuadrante que en la literatura produce índices, entre el frío del amanecer, mientras los otros pálidos se protegen contra los árboles en una distribución casi bella por el recorte de sus siluetas.

L. Iluminada en el centro de la plaza empieza otra vez a convulsionarse. Los pálidos rotan sus cabezas para tener un mejor ángulo y sólo entonces se dispersan sobre el césped. Atentos, fijan sus miradas en el bautizo, mientras el luminoso acomete directo en ella que, frenética, mueve las caderas bajo la luz: sus muslos se levantan del suelo y su cabeza colgante se golpea por tantas sacudidas contra el pavimento.

Le ratifica el nombre en dos colores paralelos, el luminoso ampliado sobre el cuerpo escribe L. Iluminada y rítmicamente va pasando la cantidad posible de apodos: le escribe tráfuga y la letra cae como toma filmica. Sin embargo, con nombre tan complejo, ella inicia de nuevo la algarabía y por eso el aviso adquiere una función clásica que se vuelve medieval en su constancia, en lo ortodoxo de su forma, en lo helado de su construcción.

No en balde se acercan al centro justo cuando ella se retira y allí mismo muestran sus cuerpos que no plantean diferencias entre unos y otros: el aviso luminoso los encubre de distintas tonalidades, los tiñe y los condiciona. Gimen por luz, orgiásticos en sus convulsiones se masifican. Nadie diría que en Santiago de Chile podría ser esta bautizada para que esos se distiendan como gemas. Así es, con las ramas de los árboles que les lamen el rostro y ella se frota en su madera por el puro placer del espectáculo. Sumida en el éxtasis de perder su costra personal para renacer lampiña acompañada por ellos que, como productos comerciales, se van a ofertar en esta desolada ciudadanía.

---

Así podría haber estado a pesar del frío; expuesta en forma horizontal después de haber perdido el nombre propio, inmersa, buscando la luz con los ojos desorbitados por la transparencia. Más pálidos en sus carnes cetrinas estrujando el placer a cualquier costo, mirándose en la plaza, con las cabezas arrasadas, transportados de electricidad, balbuceantes.

A ellos, que pudieron brillar de otra manera, están aquí lamiendo la plaza como mercancías de valor incierto. Por literatura podrían ser comparados a zafiros y a ópalos, a celestes aguas marinas.

Para decirlo nuevamente:

La luz del luminoso, que está instalado sobre el edificio cae en la plaza. Es una proposición de insania para recubrir a los pálidos de Santiago que se han agrupado en torno a L. Iluminada nada más que como complemento visual para sus formas.

Porque este luminoso que se enciende de noche está construyendo su mensaje para ellos, que sólo a esa hora alcanzan su plenitud, cuando se desplazan en sus recorridos previstos.

Como atentados en sus amenazantes presencias.

Por eso el luminoso, en plena autonomía, los llama con nombres literarios, por ejemplo decía/

Sándalo, mas el impulso murió al caer sobre su erizada piel en la metamorfosis de tan cúlmene especulación.

Decía volantina pelarga. Decía/ crisol.

Destrozó el impulso de decorarse los labios que por escritura se había fabricado para ella.

Por eso es que en la plaza se conjugan dos tipos de engranajes eléctricos: por una parte el asignado al cuadrante y por otra, el que se desliza del luminoso; esa luz que se vende. Así por contrapunto sus labios han perdido su obsecuencia y su figura se devuelve engañadora bajo los rayos que convergen hasta su centro. Pero no está sola allí. Todas sus identidades posibles han aflo-

---

rado por desborde —clavando sus puntos anatómicos— sobrepasándola en sus zonas. Regida nada más que por el horario asignado a la luz eléctrica en la plasmación del luminoso que la estría.

Los pálidos se han tomado las esquinas de la plaza y acurrucan allí sus cuerpos protegidos unos contra otros, sus cuerpos frotados que, en el bautizo, intercambian apodos en sus poros famélicos.

Ellos se tocan y manoseados ceden.

Nombres sobre nombres con las piernas enlazadas se aproximan en traducciones, en fragmentos de palabras, en mezclas de vocablos, en sonidos, en títulos de films. Las palabras se escriben sobre los cuerpos. Convulsiones con las uñas sobre la piel: el deseo abre surcos.

Así, las esquinas de la plaza adquieren movilidad por los cuerpos apiñados que, unos sobre otros, conducen a un exterior. Pero no en su penetración, sino en su apariencia que, en el renombre, exudan deleite y reapropiados constituyen el escenario.

La piel de los pálidos muestra en sus aberturas su proceso y al fundirse en el siguiente demarcan infinitas posibilidades para cualquier mirada. Se arman y desarman en sus líneas, constituyendo un engañoso límite a la plaza.

Pero el luminoso los soporta. Sigue su tintineo con precisa regularidad. L. Iluminada en el centro. Suda a pesar del frío y por eso su carne se expone a la luminosidad. Más que nunca centellea allí controlando por contorsiones su claroscuro, mientras la luz toca los bancos de la plaza, los árboles y la disposición fabricada del césped. Hacia el pasto se desliza ella para revolcarse y enfriar su carne. Ese césped disparejo deja a pedazos aparecer la tierra, así pasto y tierra se adhieren a su carne. Para el que la mira es un espectáculo desolador porque balbucea. Cada uno de sus nombres es desmentido por su facha.

---

Pero relumbra, aun en plena oscuridad, relumbra.  
Como bautizada se celebra entre ellos, mientras sus propias manos se acarician en profundidad perdiéndose entre sus huecos. Partiendo desde la ordinariez más profunda para llegar por pose a la extrema delicadeza. Ella deja oír restos de lenguaje, retazos de signos. Socavada por tierra y pasto. Nutrida de savia.  
Se observa a sí misma, como si su nombre le otorgara rasgos diferentes. Se toca la piel en el mismo momento en que se curva más aún sobre el pasto, hasta que la cabeza cae sobre la tierra reblandecida.  
En actitud de descanso.  
Sin embargo, está alerta al aviso luminoso, con la cara ligeramente crispada de júbilo ante los tintineos, mientras desliza su lengua sobre los labios, su lengua mojada que los humedece.  
Las piernas están abiertas en posición descuidada y las balancea cada vez que en el centro de la plaza se recibe la luz.  
Los pálidos han llegado ahora hasta ese mismo centro y empiezan su particular representación. Amontonan sus cuerpos y se dejan caer sobre el cemento. Así se van en un ritmo tan difícil de visualizar que sólo el luminoso los ordena cuando muestra sus relajos.  
Con sonidos guturales llenan el espacio en una alfabetización virgen que altera las normas de la experiencia. Y así de vencidos en vencedores se convierten, resalantes en sus tonos morenos, adquiriendo en sus carnes una verdadera dimensión de la belleza. Porque hasta ése podría estar comprometido en la disposición azarosa de los cuerpos. Los mismos que se van preparando para una nueva circulación.  
Aunque no es nada novedoso, el luminoso anuncia que se venden cuerpos.  
Sí, cuerpos se venden en la plaza.  
A un precio no determinado. Es más bien el placer que

---

emanan en lo profundo de su compromiso. Sus palabras caen en el vacío ampliando sus moléculas para petrificar lo eterno de la producción.

Para qué decir que la llaman cuando se estructuran sus voces en el espacio.

En desgarrador sonido se convierten.

Podría ser —tal vez— el Amado por lo masculino de su grosor que al llamarla la asedia para poseerla, a esa vaga que yace tirada en la plaza, evocando con sus indecentes movimientos quizás qué sueños de entrega.

Pero los pálidos siguen en el centro frotándose contra el cemento, rodando bajo los bancos de madera, frágiles de vestimentas pese al frío: gimiendo siempre.

Pero ya se ha dicho que no son propiamente gemidos los que escapan de sus labios.

Un oído no entrenado en sus particularidades podría oír allí un espectáculo de desgarro. Mas no es así. Es la salvación de la bautizada.

Se celebran en sus identidades. Son sus propios padrinos que se reciben y ella, ella es la que se rebautiza en cada uno.

Es una fiesta.

El luminoso sigue cayendo dándoles más posibilidades, ampliándoles la imaginación.

Se ven proyectados hasta los bordes de Santiago, ornados de atavíos: por robos y excesos accediendo a todos sus lugares. Por puro deseo propietarios al venderse al luminoso como mercaderías. Esos son los que se esperan con ansias.

Por esto, están reducidos a goce cuando entre los haces de luz del luminoso se dejan entrever sus posibilidades. Ya se ha consumado la transacción y por eso la felicidad de esos cuerpos imprime gracilidad a sus movimientos. La armonía se ha asentado en la plaza.

L. Iluminada tampoco permanece ausente del espectáculo. Ha vaciado su mente de toda memoria y ahora



---

construye y planifica sólo con los pálidos como referente: plasmados en su futuro.

Ella, plenamente teatral por la observación de sus movimientos, camina erguida hasta el centro de la plaza para detenerse bajo la luz del luminoso que la alumbraba por intermitencias. Así se gesta su primera toma fílmica:

Ella está en el centro de la plaza, mientras sus pies se deslizan. Los cuerpos bullentes de los desaharrados que, por efectos de luz de un luminoso que cae desde un edificio cercano, produce en la piel un tinte ligeramente distorsionado y fantasmagórico.

Pudiera ser quizás una toma orgiástica por la acumulación de tanto cuerpo, pero, en el cuadro aparece más bien la pureza de la bautizada. Se incluye también, en el ritmo de la escena, el inherente erotismo para la plasticidad de la mirada.

El lumperío hasta el momento en que ella se detiene permanece rígido, en una pose forzada y difícil, para que así asome en sus rostros la dureza del trabajo, lo abnegado de su concentración: su verdadera belleza en lo tenso de sus facciones.

Una larga toma de tres minutos de duración en la que intervienen dos cámaras para dar la velocidad requerida.

Se evidencia, por gran angular, que se está en la plaza pública. Aparecen los faroles, los bancos, los árboles, el césped y algunas construcciones vecinas. Se corta el enmarque al encontrar el punto desde donde emana el luminoso, en la parte alta del edificio.

Entonces ellos se levantan del suelo y caminan hacia la esquina con las pieles erizadas por el frío para engalanarse con gestos calmados y sus caras límpidas se dejan ver entre las luces.

---

### **Comentarios a la primera escena:**

La escena contempla nada más que la construcción de la pose en donde el lumpen y L. Iluminada, en un trabajo experimental con sus cuerpos frente a la cámara, llegan a constituir estéticamente en el lapso de tres minutos, una mirada admirativa sobre ellos. Una mirada mediada por la cámara que los asedia y en la cual, por lo bidimensional de los efectos de luz, sometan y se sometan ante los otros en los logros de su belleza.

### **Indicaciones para la primera escena:**

Conformar cinematográficamente algo similar a un mural en la plaza pública, relevando lo marginal del espectáculo. Revirtiendo por ello los cánones de la identidad a través de la suma de cuerpos que neutralizan al máximo los rasgos, para provocar colectivamente una imagen depurada de los que, por desprendimiento, han ductilizado sus materias sometiéndose conscientemente al deseo.

En suma el ofertorio.

Así:

Pieles marchitas sin espectacularidad.

El goce reflejado en sus rostros.

Pese a la iluminación conservar el espectáculo nocturno.

Dar autonomía y flexibilidad a cada uno en su pose.

La persistencia del agrupamiento.

El éxtasis del extra que en la pantalla se reconoce como elemento estructural.

Señalar el vicio de la mirada, lo ficticio de su ángulo.

Insistir en esas mismas caras marchitas/ macilentas, esas mismas caras que enfrentadas a la noche, ése habrá visto como su peligro cuando surgen sorprendiendo en las esquinas. Y ése entonces —sudando— apretará las pier-

---

nas porque su penetración más que júbilo sería el tizne blanco. Quizás por eso el terror a esa figura humana apuraría sus pasos hasta olvidar esa imagen.

Porque ése intuye las piernas ulceradas y cuyas manos, mientras la noche avanza, bajan los pantalones para recorrerse una a una las llagas abiertas que ya no responden a ningún tratamiento/ vendadas con tiras sucias para evitar la fricción con el género que las cubre y por esto, al sentirlas junto a su piel sana, esas mismas piernas supurantes lo mancharán de nuevo en su limpieza, en el cuidado incesante que cualquiera se prodiga.

Pero en fin, por pantalla, el terror y el deseo de la propia blancura y sanidad se manifestará como errata y entonces dejará ir sus pasos hacia la plaza pública, elevará sus ojos hacia el luminoso, se aligerará de ropas, abrirá sus piernas tendido de espalda en el cemento y de deseos se habrá consumado en otro, hasta que el mismo cemento, por dolor de la pose, le rompa la piel y ése entonces se verá en cada una de sus llagas y la piel decorada brille con la luz del luminoso y sólo así sepa verdaderamente de alguna clase de vida.

Ah, de miserable en sublime la plaza. Alucinada es.

Porque la plaza produce desvaríos.

Por ejemplo:

Si los pálidos que obtuvieron nuevo nombre ciudadano prescindieran de L. Iluminada perderían su soporte, es decir, quizás nadie pregonaaría ese hecho.

Es que ella transmitirá la noticia, como predicadora su rostro transformado, sus múltiples facetas, esa absoluta falta de inscripción señalará la veracidad del acontecimiento.

Pero aún no es tiempo, apenas se construye en cada uno de ellos. Todavía éstos no se reponen y vuelven a mirar las pruebas. Han elaborado en conjunto sus correcciones, sus reparos, limpiándose de sus restos de miserias e imperfecciones.

---

### **Errores de la primera toma:**

Los cuerpos tensados estaban rígidos, no por necesidad interna, sino por efectos de cámara: como terror.

Ella misma no dejó ver su mejor ángulo, escurrió la mirada directa a la cámara, volvió el rostro ante el zoom. Los tijeretazos de su pelo eran demasiado regulares, las lágrimas previstas no afloraron, apenas se humedecieron sus ojos. Se mostró más bien desafiante que serena, movió sus labios varias veces. Evitó el roce con los pálidos.

Por eso descansa en la plaza. Todos coinciden en la dureza del trabajo. Están tendidos en el pasto observando los parpadeos del luminoso que se imprime con nitidez sobre el suelo. La luz eléctrica se intensifica denotando el verde del pasto, los bancos, los árboles.

Alrededor circulan los autos con las luces encendidas. Los ruidos llenan la plaza.

Ellos saben que en algunas horas deberán asumir una etapa más. Se preparan para ello ejercitando cada una de sus partículas corporales. Ahora sí, a ciencia cierta afirman que el error no se reiterará.